

CAPITULO XVIII

De cómo tomé posada, y la desgracia que en ella me sucedió

SALÍ de la cárcel, halléme solo, y sin los amigos; y aunque me avisaron que iban camino de Sevilla, á costa de la caridad, no los quise seguir. Determinéme de ir á una posada, donde hallé una moza rubia y blanca, miradora, alegre, á veces entremetida, y á veces entresacada y salida. Ceceaba un poco, tenía miedo á los ratones; preciábase de manos, y por enseñarlas, siempre despavilaba las velas y partía la comida en la mesa; en la iglesia, siempre tenía puestas las manos; por las calles iba enseñando qué cosa era de uno y cuál era de otro; en el estrado, de continuo tenía un alfiler que prender en el tocado; si se jugaba á algún juego, era siempre al de pizpirigaña, por ser cosa de mostrar manos; hacía que bostezaba adrede, sin tener gana, por mostrar los dientes, y hacer cruces en la boca. Al fin, toda la casa tenía tan manoseada, que enfadaba ya á sus mismos padres.

Hospedáronme muy bien en su casa, porque tenía trato de alquilarla, con muy buena ropa, á tres moradores. Fui el uno yo, el otro un portugués, y un catalán. Hiciéronme muy buena acogida. Á mí no me pareció mal la moza para

el deleite; y lo otro, la comodidad de hallármela en casa. Dí en poner en ella los ojos; contábales cuentos, que yo tenía estudiados para entretener; traíales nuevas, aunque nunca las hubiese; servíales en todo lo que era de balde. Dijelas que sabía encantamientos, que era nigromántico, que haría que pareciese que se hundía la casa, y que se abrasaba; y otras cosas que ellas (como buenas creederas), tragarón. Granjeé una voluntad en todos agradecida, pero no enamorada; que como no estaba tan bien vestido, como era razón (aunque ya me había algo mejorado de ropa por medio del alcaide, á quien visitaba siempre, conservando la sangre á pura carne y pan que le comía), no hacían de mí el caso que era justo. Dí para acreditarme de rico, que lo disimulaba, en enviar á mi casa amigos á buscarme, cuando no estaba en ella. Entró uno, primero, preguntando por el señor don Ramiro de Guzmán, que así dije que era mi nombre, porque los amigos me habían dicho que no era de costa el mudarse los nombres, antes muy útil. Al fin preguntó por don Ramiro, un hombre de negocios rico, que hizo ahora dos asientos con el rey. Desconociéronme en esto las huéspedes, y respondieron que allí no vivía sino un don Ramiro de Guzmán, más roto que rico, pequeño de cuerpo, feo de cara y pobre:

—Ese es—replicó—el que yo digo, y no quisiera más renta al servicio de Dios, que la que tiene de más de dos mil ducados.

Contóles otros embustes; quedáronse espantadas, y él las dejó una cédula de cambio fingida que traía á cobrar en mí, de nueve mil escudos; dijoles que me la diesen para que aceptase; y fuése. Creyeron la riqueza la niña y la madre, y acotáronme luégo para marido. Vine yo con gran disimulación, y en entrando, me dieron la cédula, diciendo:

—Dineros y amor, mal se encubren, señor don Ramiro: ¿cómo que nos escondía vuesa merced quién es, debiéndonos tanta voluntad?

Yo hice como que me había disgustado por el dejar de la cédula, y fuíme á mi aposento. Era de ver cómo, en creyendo que tenía dinero, me decían que todo me estaba bien. Celebraban mis palabras; no había tal donaire, como el mío. Yo, que las ví tan cebadas, declaré mi voluntad á la muchacha, y ella me oyó contentísima, diciéndome mil lisonjas.

Apartámonos, y una noche (para confirmarlas más en mi riqueza) cerréme en mi aposento, que estaba dividido del suyo con un tabique muy delgado; y sacando cincuenta escudos, los conté tantas veces, que oyeron contar seis mil escudos. Fué esto (de verme con tanto dinero) para ellas, todo lo que podía desear, porque se desvelaban por regalarme y servirme.

El portugués se llamaba o senhor Vasco de Meneses, caballero de la Cartilla, digo de Christus. Traía su capa de luto, botas, cuello pequeño y mostachos grandes. Ardía por doña Berenguela de Rebolledo (que así se llamaba); enamorábala sentándose á conversación, y suspirando más que beata en sermón de cuaresma. Cantaba mal, y siempre andaba apuntando con el catalán, el cual era la criatura más triste y miserable, que Dios crió. Comía á tercianas de tres en tres días, y el pan tan duro, que apenas le podía morder un maldiciente. Pretendía por lo bravo, y sino era poner huevos, no le faltaba otra cosa para ser gallina, porque cacareaba notablemente.

Como vieron los dos que yo iba tan adelante, dieron en decir mal de mí. El portugués decía que era un piojoso, pícaro, desarropado; y el catalán me trataba de cobarde y vil. Yo lo sabía todo, y á veces lo oía; pero no me hallaba con ánimo para responder.

Al fin la moza me hablaba, y recibía mis billetes. Comenzaba por lo ordinario:

—Este atrevimiento..., su mucha hermosura de vuesa merced....

Decía lo de «me abraso»; trataba de penar, ofrecíame

por esclavo, y firmaba el corazón con la saeta. Al fin llegamos á los tûes; y yo (para alimentar más el crédito de mi calidad) salíme de casa, alquilé una mula, y arrebozado, y mudando la voz, vine á la posada, y pregunté por mí mismo diciendo: Si vivía allí su merced el señor don Ramiro de Guzmán, señor de Valcerrado y Vellorete.

—Aquí vive—respondió la niña—un caballero de ese nombre, pequeño de cuerpo.

Y por las señas dije yo que era él, y la supliqué que le dijese: que Diego de Solorzano, su mayordomo que fué de las depositarias, pasaba á las cobranzas, y le había venido á besar las manos. Con esto me fuí, y volví á casa de allí un rato. Recibiéronme con la mayor alegría del mundo, diciendo que para qué les tenía escondido el señor de Valcerrado y Vellorete; y diéronme el recado. Con esto la muchacha se remató, codiciosa de marido tan rico, y trazó de que la fuese hablar á la una de la noche, por un corredor que caía á un tejado, donde estaba la ventana de su aposento.

El diablo, que es agudo en todo, ordenó que, venida la noche, y yo deseoso de gozar de la ocasión, me subiese al corredor; y por pasar desde él al tejado que había de ser, vánseme los piés, y doy en el de un vecino escribano tan desatinado golpe, que quebré todas las tejas, y quedaron estampadas en mis costillas. Al ruido, despertó la media casa, y pensando que eran ladrones (que son antojadizos de ellos los de este oficio), subieron al tejado. Yo, que ví esto, quiseme esconder detrás de una chimenea, y fué aumentar la sospecha, porque el escribano, dos criados y un hermano me molieron á palos, y me ataron á vista de mi dama, sin bastarme ninguna diligencia. Mas ella se reía mucho, porque como yo le había dicho que sabía hacer burlas y encantamientos, pensó que había caído por gracia y nigromancia; y no hacía sino decirme que subiese, que bastaba ya. Con esto, y con los palos y puñadas que me dieron, daba aullidos; y era lo bueno, que ella pensaba que todo era artificio, y no acababa de reir.

Comenzó luégo á hacer la causa; y porque me sonaron unas llaves en la faltriguera, dijo y escribió que eran ganzúas, aunque las vió, sin haber remedio de que no lo fuesen. Dijele que era don Ramiro de Guzmán, y rióse mucho. Yo triste (que me había visto moler á palos delante de mi dama, y me ví llevar preso sin razón, y con mal nombre) no sabía qué hacerme. Hincábame delante del escribano de rodillas, y rogábaselo por amor de Dios, y ni por esas, ni por esotras bastaba con el escribano á que me dejase. Todo esto pasaba en el tejado; que los tales aun de tejas arriba levantan falsos testimonios. Dieron orden de bajarme, y lo hicieron por una ventana que caía á una pieza que servía de cocina.

CAPITULO XIX

En que se prosigue lo mismo, con otros varios sucesos

No cerré los ojos en toda la noche, considerando mi desgracia, que no fué dar en el tejado, sino en las fieras y crueles manos del escribano; y cuando me acordaba de lo de las ganzúas, que decía haberme hallado en la faltriquera, y las hojas que había escrito en la causa, eché de ver que no hay cosa que tanto crezca, como culpa en poder de escribano.

Pasé la noche en revolver trazas; unas veces me determinaba á rogárselo por Jesucristo; y considerando lo que él pasó con ellos vivo, no me atrevía. Mil veces me quise desatar; pero sentíame luégo, y levantábase á visitarme los nudos, que más velaba él en cómo forjaría el embuste, que yo en mi provecho. Madrugó al amanecer, y vistióse á tal hora, que en toda su casa no había otros levantados sino él, y los testimonios. Agarró la correa, y volvíome á repasar muy bien las costillas, reprimiéndome el mal vicio de hurtar, como quien también lo sabía. En esto estábamos, él dándome, y yo casi determinado de darle á él dineros (que es la sangre con que se labra la dureza de semejantes diamantes), cuando incitados, y forzados de los amorosos ruegos de mi querida, que me había visto caer

y apalear, desengañada de que no era encanto, sino desdicha, entraron el portugués y el catalán; y en viendo el escribano que me hablaban, desenvainando la pluma, los quiso espetar al punto por cómplices en el proceso. El portugués no lo pudo sufrir, y tratóle algo mal de palabras, diciéndole que él era caballero fidalgo de la casa del rey, y que yo era un home muyto fidalgo, y que era bellaquería tenerme atado. Comenzóme á desatar, y al punto el escribano clamó con algazara: ¡Resistencia! y dos criados suyos (entre corchetes y ganapanes) pisaron las capas, y deshiciéronse los cuellos, como lo suelen hacer para representar las puñadas que no ha habido, y pedían favor al rey. Los dos, al fin, me desataron; y viendo el escribano que no había quien le ayudase, dijo:

—Voto á tal que eso no se puede hacer conmigo, y que á no ser vuestas mercedes quién son, les podría costar caro. Manden contentar estos testigos, y echen de ver que les sirvo sin interés.

Yo ví luégo la letra, saqué ocho reales y díselos; y aun estuve por volverle los palos que me había dado; pero por no confesar que los había recibido, lo dejé y me fui con ellos, dándoles las gracias de mi libertad y rescate, con la cara rozada de puros mojicones, y las espaldas algo mohinas de los varapalos.

Reíase el catalán mucho, y decía á la niña, que se casase conmigo, para volver el refrán al revés, que no fuese tras cornudo apaleado, sino tras apaleado cornudo. Tratábame de resuelto y sacudido por los palos. Traíame afrentado en estos equívocos. Si entraba á visitarlos, trataba luégo de varear; otras veces de leña y madera. Yo, que me ví corrido, y afrentado, y que me iban dando en la flor de lo rico, comencé á tratar de salirme de casa; y para no pagar comida, cama, ni posada, que montaba algunos reales, y sacar mi hato libre, traté con un licenciado Brandalagas, natural de Hornillos y con otros dos amigos suyos, que me viniesen una noche á prender.

Llegaron la señalada, y requirieron á la huéspedada, que venían de parte del Santo Oficio, y que convenía secreto. Temblaron todos, por lo que yo me había hecho nigromántico con ellas. Al sacarme á mí, callaron; pero al ver sacar el hato, pidieron embargo por la deuda; y respondieron que eran bienes de la Inquisición. Con esto no chistó alma terrena. Dejéronles salir, y quedaron diciendo que siempre lo temieron. Contaba al catalán y al portugués lo de aquellos que me venían á buscar, que eran demonios, y que yo tenía familiar; y cuando les contaba del dinero que yo había contado, decían, que parecía dinero, pero que no lo era de ninguna suerte. Persuadiéronse á ello. Yo saqué mi ropa, y comida horra. Dí traza con los que me ayudaron, de mudar de hábito, y ponerme calza de obra, vestido al uso, cuellos grandes, y un lacayo, en menudos dos lacayuelos, que entonces era uso. Animáronme á ello, poniéndome por delante el provecho que se me seguiría de casarme con ostentación, á título de rico, que era cosa que sucedía muchas veces en la corte; y aún añadieron que ellos me encaminarían á parte conveniente, y que me estuviere bien, y con algún arcaduz por donde se siguiese.

Yo, negro, codicioso de pescar mujer, determinéme. Visité no sé cuántas almonedas, y compré mi aderezo de casar; supe dónde se alquilaban caballos, y espetéme en uno el primer día, y no hallé lacayo. Salíme á la calle Mayor, y púseme enfrente de una tienda de jaeces, como que concertaba alguno. Llegáronse dos caballeros, cada cual en su caballo; preguntáronme si concertaba uno de plata que tenía en las manos. Yo solté la presa, y con mil cortesías, los detuve un rato. En fin, dijeron que se querían ir al Prado, á bureo; y yo (que si no lo tenían á enfado) los acompañaría. Dejé dicho al mercader, que si venían allí mis pajes, y un lacayo, que los encaminase al Prado; di señas de la librea, metíme entre los dos, y caminamos. Yo iba considerando que á nadie que nos veía era imposible el determinar, y juzgar cuyos eran los pajes y lacayos, ni

cuál era el que los llevaba. Empecé á hablar muy recio de las cañas de Talavera, y de un caballo que tenía porcelana. Encarecíles mucho el Roldanescó, que esperaba que me habían de traer de Córdoba. En topando algún paje, caballo, ó lacayo, les hacía parar, y les preguntaba cuyo era, y también decía de las señales, y si le querían vender. Haciale dar dos vueltas en la calle; y aunque no la tuviese, le ponía una falta en el freno, y decía lo que había de hacer para remediarla. Quiso mi ventura que topé muchas ocasiones de hacer esto. Y porque los otros iban embelesados, y á mi parecer diciendo quién será este tagarote escuderón, porque el uno llevaba un hábito en los pechos, y el otro una cadena de diamantes, que era hábito y encomienda todo junto, dije yo, que andaba en busca de buenos caballos para mí, y otro primo mío, que entrábamos en unas fiestas.

Llegamos al Prado, y en entrando saqué el pié del estri-y puse el talón por defuera, y empecé á pasear. Llevaba la capa echada sobre el hombro, y el sombrero en la mano. Mirábanme todos; cual decía: Este yo le he visto á pié; otro: Lindo va el buscón. Yo hacía como que no oía nada, y paseábame. Llegaron á un coche de damas los dos, y pidiéronme que picardease un rato. Dejéles la parte de las mozas, y tomé el estribo de madre y tía.

Eran las vejezuelas alegres: la una de cincuenta y la otra, punto menos. Dijelas mil ternezas, y oíanme (que no hay mujer por vieja que sea, que tenga tantos años, como presunción). Prometilas regalos y preguntélas del estado de aquellas señoras, y respondieron que doncellas; y se les echaba de ver en la plática. Yo dije lo ordinario, que las vieses colocadas como merecían; y agradóles mucho la palabra colocadas. Preguntáronme tras esto que en qué me entretenía en la corte. Yo les dije que en huir de un padre y madre que me querían casar contra mi voluntad con mujer fea, necia y mal nacida, por el mucho dote. Y yo, señoras, quiero más una mujer limpia, en cueros, que

una judía poderosa; que (por la bondad de Dios) mi mayorazgo vale al pié de cuarenta mil ducados de renta. Y si salgo con un pleito que traigo en buenos puntos, no habré menester nada. Saltó tan presto la tía:

—¡Ay, señor, y cómo le quiero bien! No se case sino con su gusto y mujer de casta; que le prometo que con no ser yo muy rica, no he querido casar mi sobrina (con salirle ricos casamientos) por no ser de calidad. Ella pobre es, que no tiene sino seis mil ducados de dote; pero no debe nada á nadie en sangre.

—Eso creo yo muy bien—dije yo.

En esto, las doncellitas remataron la conversación con pedir algo de merendar á mis amigos. Mirábase el uno al otro, y á todos temblaba la barba. Yo, que ví la ocasión, dije que echaba menos mis pajes, por no tener con quién enviar á casa por unas cajas que tenía. Agradeciéronmelo, y las supliqué se fuesen á la Casa de Campo al otro día y que yo las enviaría algo fiambre. Aceptaron luégo; dijéronme su casa y preguntaron la mía; y con esto se apartó el coche, y yo y los compañeros comenzamos á caminar á casa. Ellos, que me vieron largo en lo de la merienda, aficionáronseme; y por obligarme, me suplicaron cenase con ellos aquella noche. Hiceme algo de rogar, aunque poco, y cené con ellos, haciendo bajar á buscar á mis criados y jurando de echarlos de casa. Dieron las diez, y yo dije que era plazo de cierto martelo, y que así me diesen licencia.

Fuime, quedando concertado de vernos á la tarde del otro día, en la Casa de Campo. Fuí á dar el caballo al alquilador y desde allí á mi casa, donde hallé á los compañeros jugando quinolillas. Contéles el caso y el concierto hecho, y determinamos enviar la merienda, sin falta, y gastar doscientos reales en ella. Acostámonos, en estas determinaciones. Yo confieso que no pude dormir en toda la noche, con el cuidado de lo que había de hacer con el dote; y lo que más me tenía en duda era el hacer de él una casa ó darlo á censo, que no sabía yo qué sería mejor y de más provecho para mí.